

Moriente, David, "Microcuentos. Gabriela Bettini", Rinconete, Centro Virtual Cervantes, 17/II/2011.

*MICROCUEENTOS. GABRIELA BETTINI*

La artista española de origen argentino Gabriella Bettini Loyarte (Madrid, 1977) se ha decidido a compartir con el público una serie de fábulas mínimas que se hallan en los umbrales de lo narrativo, casi en un tiempo detenido. La galería madrileña ASM28 ha exhibido en *Algunas de aquellas historias* (24 de noviembre 2010-7 de enero 2011) el nuevo trabajo de Bettini, más conocida por sus instalaciones con espejos, en las que suele introducir objetos fragmentarios que se completan con su reflejo para dar la ilusión de restituir la inexistente mesa o silla; sin embargo, el contenido de las nuevas propuestas —a nuestro entender más notables—, sin dejar de atender al reflejo o al simulacro, se ha centrado en dos actos sin duda complementarios: pintura y dibujo.

A pesar de que el lenguaje pictórico ya no goza de la atención que mantuvo hasta bien entrado el siglo xx, resulta alentador observar que aún hay artistas que se recrean en la composición y el detallismo tanto con los pinceles como con los lápices. La labor de Gabriela Bettini es minuciosa, sobre todo en sus dibujos, y posee aquella gracia barroca que destilaban las naturalezas muertas; así, en algunas de sus obras llega a situar estratégicamente una cinta adhesiva inexistente que sujeta una ficticia foto en una cartulina. La técnica de la artista (formada en Bellas Artes en la Universidad Complutense de Madrid) es impecable, con un dominio de la perspectiva y un juego preciso de las proporciones y la iluminación. Además, Bettini no se deja intimidar por los lienzos de gran formato y construye en ellos imágenes de un pasado más o menos reciente de espacios vacíos, una especie de arqueología de la vida cotidiana: pese a la aparente simplicidad, puede reproducir un salón burgués algo barroco donde destacan poderosamente, como anacronismos singulares, un teléfono modelo góndola que parece que sonará en cualquier momento, una pequeña estatua de Napoleón o un tocadiscos que (ahora) se nos antoja *vintage*. Son óleos monocromos que, como fotografías gigantes, ocupan una parte considerable del punto de vista del espectador y, en ocasiones, expanden su contenido hasta alcanzarlo; algunas de sus telas «contaminan» el espacio real con una silla que se desliza desde el fingido espacio pictórico, otras, sencillamente, descansan en el suelo para ofrecer una perspectiva cercana al trampantojo.

La atención al detalle de la pintora hace que reproduzca con un alto nivel de precisión, más que objetos cotidianos, los lugares donde se llevan a cabo nuestras acciones más elementales y sencillas como pueden ser comer, dormir o escuchar música. Es en este punto donde confluyen «algunas de aquellas historias» que intuimos han pasado o están a punto de suceder y cuyo escenario Bettini va tejiendo —en sentido literal, algunos dibujos tienen detalles lineales dibujados con hilo cosido— como los tapices de Ariadna. Así que, en verdad, «no pasa nada», pero sugiere una suerte de relatos sin intérpretes; es como si se dejara la figura humana a un lado para que siga siendo la protagonista indiscutible del mundo de la fotografía y, en cambio, opere una labor de reivindicación del arte de la pintura: la poesía sin palabras de la que hablaba Horacio. Aunque la obra de Bettini no se adscribe abiertamente al barroco, sí que sirve como

recordatorio de aquellas lejanas reflexiones sobre la apariencia, la simulación, lo físico o lo onírico, en conclusión, sobre las maneras de percibir la realidad y la ficción en tanto que un todo entrelazado.